

La Antártida y sus Recursos

Por HAROLDO FOULKES, de "La Opinión"

BUENOS AIRES. — El diario norteamericano *The Washington Post* reactualizó esta semana el tema de la Antártida, al afirmar en su primera página del lunes 24 que "Argentina y Chile se oponen a la propuesta de Estados Unidos y otros seis países industrializados miembros del Tratado Antártico, de abrir esa región a la exploración y explotación de sus recursos energéticos y minerales".

Y agrega el matutino de la capital norteamericana, "que parte de la oposición de esos dos países se debe a que ninguno de ellos cuenta con la tecnología necesaria para explotar los recursos debajo de esa capa de hielo".

En verdad, no dice nada nuevo. Pero vale la pena examinar objetivamente, cuál es el problema:

Ese inmenso territorio inhóspito, inclemente, con sus poco más de 14 millones de kilómetros cuadrados y su desolada densidad demográfica de un sólo habitante por cada 15,000 kilómetros cuadrados, espera, sin embargo, con sus tesoros cubiertos por montañas de hielo, a que la tecnología y los dólares los extraigan para el beneficio futuro de la humanidad, creciente en número y en demandas de bienestar.

Cuando ello acontezca, entrarán a jugar simultáneamente con los técnicos y los económicos, los intereses políticos para la explotación de los recursos renovables y no renovables de la inmensa región. Y aunque el plazo de espera forzoso está marcado en el almanaque con una fecha cierta, el 23 de junio de 1991 —al cumplirse los treinta años del congelamiento de las soberanías que estableció el Tratado Antártico que entró en vigencia en 1961, aunque haya sido firmado en Washington dos años antes— ya se movilizan los países a través de sus bases científicas en tareas de exploración y prospectiva.

Hay incentivos para que así ocurra. Los resultados positivos de estudios geológicos han determinado la existencia de enormes yacimientos petrolíferos y se barajan cifras fabulosas de probables rendimientos del producto crudo. Aunque hasta ahora no se sabe que se hayan mencionado públicamente los siderales números de los costos de un proceso completo de extracción, fletes marítimos, industrialización y comercialización del precioso oro negro.

También han sido detectadas importantes vetas auríferas, y grandes reservas de uranio, cobre y carbón. Es decir, lo

que el mundo necesita para ir cubriendo los déficit que va provocando el paulatino —aunque felizmente lento— agotamiento de las existencias terrestres de esos elementos esenciales para el progreso.

Todo ello configura un panorama tentador para las grandes potencias, que preferirían no esperar la expiración de la vigencia del acuerdo internacional firmado originalmente por doce países que adquirieron el status de miembros plenos, y siete adherentes. Los Estados Unidos son los depositarios del documento.

Por ello se habla hoy de una propuesta norteamericana de abrir ya la Antártida a la exploración y explotación de sus recursos naturales. Sería algo así como declarar la zona internacionalizada, como lo son los océanos en el mar abierto. Este avance sobre la letra del Tratado, podría perjudicar el posterior reconocimiento de soberanía de sectores, tal como reclama, por ejemplo, la Argentina sobre cuyo casquete se superponen hoy aspiraciones territoriales de la Gran Bretaña y de Chile.

Justamente el presidente del país trasandino, acaba de visitar la Antártida, a bordo de un barco de la marina chilena. A su regreso, manifestó el general Augusto Pinochet que su gira había constituido un acto de reafirmación soberana de su país en el sector antártico que reclama como suyo. Y negó enfáticamente que tuviera "importancia estratégica", como había comentado un matutino de Buenos Aires.

Algunos analistas han querido atribuir al periplo sureño de Pinochet segundas intenciones de política internacional, justamente en las vísperas de conocerse el fallo sobre el diferendo del *Calan de Beagle*. Otros —la mayoría— se inclinan a pensar que todo se ha debido a una necesidad de política interna. El sentimiento nacional de los chilenos ha quedado excitado y aparentemente satisfecho después del viaje presidencial.

Chile posee en el casquete antártico, tres bases sostenidas con precarios recursos. Hace muy poco, el 7 de enero, el director del Instituto Antártico de Chile, capitán de fragata en retiro Hernán Lorca, informó que su país levantará una nueva base en la Antártida con acceso marítimo y aéreo.

Consultados por *La Opinión* medios científicos argentinos sobre esa noticia procedente de Santiago, coincidieron en negarle factibilidad, pues el lugar elegido en las proximidades de la Bahía Margarita, ya había sido explorado por la Ar-

gentina, la Unión Soviética y los Estados Unidos, que no hallaron condiciones apropiadas para instalar una escala de transportes.

El propio Pinochet desalentó la idea al desembarcar de regreso en Puerto Williams, en la isla Navarino, sobre el *Calan de Beagle*, cuando afirmó: "No soy partidario de aumentar el número de bases, primero hay que mejorar lo que se tiene".

La Argentina, como es sabido, tiene ocho bases permanentes en la Antártida: Belgrano, San Martín, Esperanza, Orcadas, Petrel, Marambio y Brown, con una dotación total de 170 hombres. La más antigua de todas, la de las Islas Orcadas, data del 22 de febrero de 1904, fecha que jalonó la primera presencia humana estable en el Continente Blanco. De ahí que los títulos de soberanía de la Argentina sean los más calificados.

Cuando en mayo se reúna en Londres el plenario de la novena Reunión Consultiva del Tratado Antártico, habrá de tenerse una perspectiva más clara sobre la suerte que correrán las propuestas de los países técnicamente mejor preparados, que quieren apresurar el comienzo de la explotación de los recursos naturales antárticos.



Videla